

El nido

Cuando la abuela de Luis Tosco era una niña, las gallinas caminadoras ponían donde les daba la gana y nadie les encontraba el nido. Pero desde que ella descubrió que al amarrarle un hilo de la pata se podía llegar derechito hasta el nido, se chivaron las gallinas caminadoras. La abuela agarró a Gallina Fina, le amarró un hilo de la pata y le dijo a Luis Tosco: —Síguela, y no regreses hasta que encuentres el nido. Cuando la gallina atravesó el cafetal número ciento diecisiete, ya se habían gastado doscientas bolas de hilo, y la gallina, camina que te camina, camina que te camina, camina que te camina. Pero a pesar de todo Luis Tosco pensó: Cuando llegue al mar tiene que pararse, las gallinas no saben nadar. Pero la gallina no se paró, levantó el vuelo como si fuera un pájaro. ¿Quién iba a pensar que tuviera el nido en Jamaica? En Jamaica no es como aquí, donde los campesinos se pasan la vida chapeando. Eran kilómetros y más kilómetros de hierbazales, y todo eso era el nido de la gallina, millones y millones de huevos, figúrate tú, hacía cien años que la gallina estaba poniendo en el mismo nido y nadie se había dado cuenta. 18 19

Después se presentó otro problema. ¿Cómo llevar tantos huevos para la casa? Al final, a la abuela no le quedó más remedio que alquilar tres barcos: La Niña, La Pinta y la Santa María. Parecía que el viaje iba a transcurrir sin problemas: ni mar picada, ni vientos del sur, ni ballenas, ni tiburones, hasta las dos de la tarde en que el sol dijo: —¡Aquí estoy yo! y fue tanto el calor, que los huevos empezaron a eclosionar. A las cuatro de la tarde todos los pasajeros cogieron un paraguas y subieron a cubierta. El mar estaba amarillito, amarillito, pero no era solo del sol, sino de los paticos, porque resultó que el marido de la gallina era un pato huyuyo de Jamaica. En cuanto llegaron a la casa, la abuela buscó un cordel y le dijo: —Luis Tosco, amarra a esa gallina, y no la dejes salir, más nunca. A esa gallina no se le ocurre nada bueno.